

## Democracia Social

---

*Por René Fortín Magaña.*

*Versión magnetofónica de la conferencia pronunciada por su autor el día 10 de agosto de 1962, en la rotonda de la Escuela de Medicina*

Ante todo, mi sincero agradecimiento a los estudiantes que integran el Movimiento de Izquierda Democrática por haber tenido la gentileza de invitarme a este ciclo de conferencias de iniciación política. Palabras de agradecimiento y palabras de reconocimiento por la labor tan importante en que se encuentran empeñados hoy que, especialmente entre nosotros, constatamos que hemos permanecido bastante indiferentes al vaivén de las principales corrientes ideológicas que sacuden al mundo a cuyo desenvolvimiento está necesariamente vinculada, querámoslo o no, la pequeña porción geográfica en que se asienta nuestra patria. Y es evidente que la necesidad de acentuar nuestros conocimientos políticos se convierte en una verdadera urgencia de la época cuando diariamente nos informamos de los más variados sucesos políticos en todo el mundo que, sin duda, obedecen a un mismo impulso transformador que lo invade todo a veces arrasadoramente. Hay, por eso, algo que nos dice que no debemos perder tiempo, porque cuando se presencian particularmente los acontecimientos de Argentina, los del Brasil, los del Perú, los de nuestro país, los de todo el hemisferio en general, se siente la rabiosa necesidad de convertir en algo más contundente los magnavoces y las tribunas en barricadas.

A lo largo de este ciclo de conferencias ya ustedes han escuchado las palabras de mis antecesores en el uso de la Tribuna. A don Napoleón Viera Altamirano, disertando sobre el liberalismo; a los doctores Roberto Lara Velado y Abraham Rodríguez, sobre la Democracia Cristiana; al doctor Alejandro Dagoberto Marroquín, sobre el Socialismo; y al doctor José Napoleón Rodríguez Ruiz, sobre el Marxismo-Leninismo. En lo que a mí respecta, he de ceñirme en el desarrollo de mi conferencia al tema que me fue sugerido por los propios estudiantes

bajo el título de "Socialismo Reformista: Etapa actual y perspectivas futuras" y que, para mi gusto, hubiera deseado intitular simplemente "Democracia Social".

Para el mejor análisis y enfoque de nuestro tema habré de pedirle auxilio a la historia y remontarme a aquel maravilloso siglo XVIII, marco en el tiempo de las más grandes batallas contra la opresión y el absolutismo, siglo de grandes transformaciones sociales que culminaron con una de las más grandes epopeyas que ha tenido la humanidad, como es la revolución francesa de 1789. En tal época habremos de familiarizarnos, para desentrañar el verdadero sentido de la historia, con todos los pensadores que prepararon la mentalidad europea de esos días e hicieron posible tan formidable episodio. Con John Locke y su famosa obra "Ensayo sobre el gobierno civil"; con Juan Jacobo Rousseau y "El Contrato Social"; con Carlos de Secondat, Barón de Montesquieu y "El espíritu de las leyes"; con Adam Smith y su "Ensayo sobre la riqueza de las naciones", en el campo económico; con Diderot y D'Alambert, los Enciclopedistas; y la demoledora ironía del viejo aquel, Voltaire, destructor si los hay.

Movimiento en la historia, aquel, verdaderamente impresionante, formidable, estupendo, que hace eclosión cuando la muchedumbre, un 14 de julio inolvidable de 1789, hace caer privilegios, estirpes y testas coronadas, entendiéndolo y aplicándolo perfectamente bien la frase de aquel ginebrino que constantemente ha andado predicando que "cuando los hombres obedecen hacen bien, pero cuando logran romper sus cadenas obran mejor".

Es aquella la lucha por la libertad, por la plenitud individual, por la soberanía del libre albedrío, por el imperio de la razón universal, en contra de la opresión, el absolutismo, el fanatismo y la falsa jerarquía de la aristocracia que por luengos años han mantenido presa, maniatada y amordazada a la humanidad.

Y se instala en la historia, efectivamente, la libertad; y el individuo, pleno de derechos, ocupa su lugar preponderante presidido todo por la "Diosa razón". Atrás, muy atrás quedó el "derecho divino" de los reyes que con tanto primor afinara Bossuet sacando la política de las Sagradas Escrituras; han perdido su preponderancia las estirpes y al lema de "libertad-igualdad-fraternidad" ha quedado abierto un nuevo capítulo en la historia. El liberalismo y el individualismo han hecho, pues, su aparición. Se intenta en el fondo buscar por esos medios la solución de las calamidades que por tanto tiempo, tanto, ha padecido la humanidad. Es aquella una revolución liberal y antropocéntrica; en

el centro de todo el Universo está el Hombre, pleno de facultades y potestades, dispuesto al fin a obtener la esquivada felicidad que anhela tanto.

En rigor, el medio para obtener esa felicidad, consistirá en poner en las manos del hombre el mejor instrumento: la libertad. La libertad en todos los órdenes: en el religioso, en el político, en el económico. Que no haya trabas para el individuo. ¡Hay que cortar los lazos, hay que romper las cadenas! En contra del absolutismo y la opresión en que ha vivido el ciudadano sin posibilidad alguna de hacer oír su voz, ha llegado el momento de convertirse en arquitecto de su propio destino. ¡Mentira que el soberano es ese torpe monarca! El soberano es el pueblo y la Soberanía, ese atributo estatal “bloque de mármol, infragmentable” que dijera el acuñador del concepto Juan Bodino en sus “Seis libros de la república”, debe descansar sencillamente en la voluntad popular. Y todos los ciudadanos, además, están en posibilidades de dirigir la república, la cosa pública, que ya no será campo vedado de los reyes. Y los funcionarios públicos responderán ante el pueblo de quien son meros mandatarios. Y, eso sí, el poder público, bien balanceado en un sistema de “frenos y contrapesos” no oprimirá ya jamás al ciudadano al que habrá de respetar en todo momento su sagrada libertad. Los hombres solos, sin presiones, sin interferencias compulsivas, son los mejor llamados a encontrar el camino del orden y la paz con solo respetar el derecho de los demás. El Estado no necesita ser más que un vigilante, un gendarme que apenas intervenga cuando eventualmente se presente un conflicto porque, como dirá Tomás Jefferson del otro lado del Atlántico: “El mejor gobierno es el que menos gobierna”.

Igual acontece en el orden económico en donde la prédica de la escuela de los fisiócratas reaccionando contra el “mercantilismo” ha rendido su fruto. “Laissez faire, laissez passer” dejar hacer, dejar pasar. No deben estorbarse las leyes naturales de la economía las que, por sí solas, resolverán satisfactoriamente todos los problemas. ¡Venga la libre competencia en los negocios, que la ley natural de la oferta y la demanda ya se encargará de mantener los precios y la mano de obra! ¡Venga también la autonomía de la voluntad en los contratos, que para eso el arbitrio individual estará siempre en guardia frente a una posible “lesión enorme” de su contraparte! Y como son iguales el rico y el pobre. . .

Pero además de liberal, ya hemos dicho que la revolución francesa es antropocéntrica e individualista. Profundamente individualista, tanto que trata de impedir a toda costa las perniciosas tendencias so-

ciales o gremiales de los hombres, entre otros medios con la famosísima ley Chapellier, que tiene su antecedente en el célebre edicto de Turgot, por medio de los cuales se prohíben las asociaciones y agremiaciones con el fin de mantener solo al hombre a quien, por cierto, se le ha hecho titular de las más hermosa “Declaración Universal de los Derechos del Hombre y del Ciudadano”. Se trata de favorecer el individualismo y se trata de combatir todas las manifestaciones de socialización, de mutualismo, de sociabilidad, clausurando los “gremios” —propios de la Edad Media— que pugnaban por permanecer con aquella su peculiar organización de maestros, oficiales y aprendices y que para la nueva mentalidad revolucionaria se evidenciaban lesivos de la persona humana y restrictivos de las facultades individuales.

Como se ve, pues, hay en la práctica toda una serie de resortes protectores de la ideología liberal individualista, una serie de defensas, de autoprotecciones del orden nuevo del que se espera tanto . . .

. . . Y realmente nos encontramos con una etapa histórica, con una época que pasma por la celeridad en el progreso, por la cantidad y calidad de alcances a que llega. Esto es innegable. Al fin y al cabo se había salido, nada menos, del largo y obscuro túnel de los estatismos teocráticos, de los regímenes despóticos, del feudalismo, que representan todos la obscuridad del pensamiento humano. Y esa liberación del oscurantismo tenía que rendir opimos frutos no sólo en la altitud del pensamiento y el espíritu humanos sino en el orden material en donde se llega a un progreso verdaderamente floreciente. Y es que, paralelamente, se estaba produciendo también, especialmente en Inglaterra, el fenómeno económico sin precedentes que se conoce con el nombre de “Revolución Industrial”, fenómeno en el que, sobre la base del liberalismo económico de la Escuela Manchesteriana cobra el más pleno auge el aprovechamiento de la máquina y de la técnica en una economía de gran alcance que ve crecer los mercados mundiales hasta límites insospechados.

Es visible, pues, el florecimiento material de esa época. La industria y el comercio aceleran paso a paso el ritmo del progreso. Crecen las Urbes. Abunda la riqueza. Se multiplican —¿o se concentran?— los centros financieros. Hay sobrados motivos para que la humanidad esté satisfecha . . .

. . . Pero, también grandes masas humanas alrededor de la industria, de la máquina, de las empresas, debajo de los centros financieros, en el subterráneo de aquel esplendor, estaban también acumulando: acumulando miseria. Eran hombres llenos de derechos sí, pero que con-

tiastaban con su miseria, con su pobreza, frente a la prepotencia económica de quienes sabían sacar el mejor provecho y utilizar despiadadamente todas las ventajas del liberalismo económico que, con su pasividad, su indiferencia, estaba permitiendo que la sociedad civil se convirtiera en una enorme selva en donde siempre puede más la voracidad que el escrúpulo.

¿Qué estaba pasando? ¿Qué estaba sucediendo? ¿Acaso “La grande ilusión” —como diría Norman Angell— se estaba viniendo por los suelos? Aquel magnífico lema de la Revolución Francesa “Libertad-Igualdad-Fraternidad” seguía siendo inasequible, y aunque se hubiera logrado la libertad, es cierto, ¿qué importaba ella sola si no se vislumbraba la igualdad, y la fraternidad estaba muy lejos de encontrar abrigo y acomodo en el corazón de los hombres? Lo cierto era que grandes masas humanas estaban, continuaban estando a la intemperie a pesar de la prédica y práctica del nuevo credo. Que el notorio desarrollo material convertido en riqueza no afluía hasta todos los segmentos de la sociedad y flotaba en una periferia selecta sin distribuirse adecuadamente, sin llegar hasta los profundos socavones en donde el hambre seguía alimentando con su tenacidad secular. Que frente a la burguesía estaba creciendo y creciendo el proletariado. Ahora iba a hacer su aparición en la historia, como protagonista, la miseria convertida en fuerza del proletariado. Al fin y al cabo, si carecía de medios económicos, intuía su poder potencial y sabía evaluar la diferencia que hay entre la súplica de un favor y la exigencia de un derecho. Las ideas de la Revolución Francesa habían inaugurado un lenguaje nuevo, altanero, orgulloso, que los hombres ya no iban a olvidar jamás. Para bien o para mal todo lo que vendrá después es herencia legítima del liberalismo.

Agazapado —necesito la expresión gráfica— permanecía latente en la historia, mientras tanto, otro tipo de pensamiento. Es asombroso constatar la forma cíclica en que se turnan el apogeo y el favor del pensamiento humano dos clases bien diferenciadas de tendencias: una tendencia centrífuga, liberal, tolerante, difuminadora, individualista, representada para el caso por las ideas de la Revolución Francesa; y una tendencia centrípeta, estatista, ordenadora, concentradora, centralizadora, con vieja y robusta raigambre en el pensamiento humano, según vamos a ver. Pienso que esas dos formas de expresión tan características y diferenciadas, pero naturalmente ligadas por un solo anhelo vital, son como la sístole y diástole de la historia.

Algo de eso estaba sucediendo. La “falta de gobierno” iba, quizás, a prohijar una vez más el “exceso de gobierno”; porque frente a los

fracasos del capitalismo que tenía su asiento en la ideología liberal e individualista, estaba brotando, con inusitados bríos, una mentalidad diferente, que, desde luego, hablaba también su propio lenguaje. Era el Socialismo que entraba en franca disputa por el favor público aduciendo la falsedad de las principales tesis de su adversario nato. Así, frente a los derechos del individuo están los derechos de la colectividad; el individuo aislado no existe y es anti-natural imaginarlo pleno de derechos en una ínsula que no encontrará jamás; el hombre es social por naturaleza y su razón de ser está en el servicio de la colectividad; más allá de los derechos de un simple miembro como es el hombre están los derechos de la sociedad entera; sobre el ciudadano está siempre el Estado que vive gracias a la cooperación de los asociados, cooperación que es siempre imposible, frustánea o malograda, si se deja en manos de los hombres una libertad incontrolada en vez de una intervención ordenadora que planifique y realice y cumpla las finalidades colectivas. No es posible, no, una concepción atómica de la sociedad cuando lo que se requiere es una unidad orgánica. ¡Y abajo la epopeya burguesa! ¡A la picota con ella!

No era esta una tendencia nueva. Ya dijimos que en el fondo de todas las luchas sociales pueden comprobarse las fases o períodos de un movimiento rotatorio o cíclico en que a veces destaca el pensamiento liberal que rompe amarras contra el poder absorbente del Estado —y que en sus excesos llega a convertirse en anárquica— y otras, la mentalidad ordenadora, planificadora, que concede al Estado la amplia facultad de actuar coercitivamente —y que en sus excesos llega a hacerlo omnipotente, todopoderoso, totalitario.

Pues bien, decía que las ideas que afloraban frente a los fracasos del capitalismo tenían sus ilustres y remotos antecedentes. Cabe aquí evocar al más ilustre de ellos, Platón, quien en su famosa “República”, “el primero y más grande de todos los tratados sociológicos según Mc Iver —república aristocrática— nos habla de una sociedad total y completamente ordenada en la que las funciones sociales y políticas eran desempeñadas en forma bien diferenciada por los labriegos u hombres de bronce, los guerreros u hombres de plata y los filósofos u hombres de oro, correspondiendo la dirección del Estado a los últimos, quienes por tal motivo viven en comunidad, la seguridad a los guerreros, quienes también viven en comunidad, y el sustento material a los primeros, con el objetivo de hacer del Estado un todo indisoluble y pétreo.

Platón inaugura la línea teórica del pensamiento que se conoce con el nombre de “Utopista”. Es la suya una de las más antiguas, ambicio-

sas y severas utopías configurada tal vez al calor del desbordamiento de su idealismo helénico.

Ya nos había hablado también Tomás Moro de su famosa isla Utopía y su capital Amaurota dando con ello vida a un nuevo vocablo de la filosofía política, isla que al albergar cincuenticuatro magníficas ciudades bajo la dirección del “protofilarca” no perseguía otro objetivo, según palabras del propio canciller de Enrique VIII de Inglaterra, que “la felicidad para el mayor número dentro de un Estado que honre a sus ciudadanos, no por sus riquezas, sino por sus servicios”.

Francis Bacon de Verulam rinde también tributo al pensamiento utopista con su obra “La Nueva Atlántida”, isla también lejana del mar del sur en que anticipa algunas de las conquistas del progreso científico; y en “La Ciudad del Sol” Tomás Campanella subraya aún más las razones de la comunidad social. Abundan como se ve, en toda esta larga época, las utópicas lucubraciones que buscan, que anhelan —viejo anhelo— el establecimiento de una sociedad ideal asentada sobre bases racionales de orden y justicia natural.

Con esos antecedentes, remotos unos, próximos otros, el pensamiento socialista, ordenador de por sí, planificador, que alentaba el propósito de encuadrar a la sociedad en marcos previamente establecidos iba tomando auge frente a los fracasos del liberalismo que, no obstante sus buenos propósitos, parecía no poder con los hechos que demostraban lo contrario. Porque, realmente, el lema de la Revolución Francesa no daba los resultados que proclamaba. Se vivía la libertad, ya lo dijimos, pero no se había proclamado sólo la libertad sino la igualdad y la fraternidad. Y por el solo camino de la libertad no se llegaba más adelante porque la sociedad más bien iba tomando una nueva forma, inesperada, brusca, inquietante, en la que toda clase de desigualdades hacía su aparición y en la que la fraternidad era una palabra sin sentido que a lo sumo hacía evocar —según el pasaje bíblico— a los hijos de Adán.

Frente a tales realidades se hace presente, con singular vigor, el pensamiento socialista. Tímidamente al principio; con antecedentes un tanto difusos que sólo poco a poco irán tomando condensación. Sus precursores inmediatos serán todavía calificados de utópicos porque haciendo a un lado la realidad darán demasiado vuelo a su imaginación.

Uno de estos pensadores socialistas, muy famoso, muy singular, fue el Conde Henry de Saint-Simón que trató de elaborar toda una doctrina social y política con tal misticismo que llegó, sin hipébole, a convertirla en una verdadera religión; en un rito revestido del más severo rigor. Su nuevo orden social, su “Nuevo Cristianismo”, trazado

en aplicaciones científicas al servicio de la justicia emparenta más tarde con la Religión Positivista de Augusto Comte.

Era también muy famoso en esa época y ha dejado su lugar bien marcado en la historia del pensamiento social Charles Fourier, quien llevó a la realización y a la práctica una serie de ideas que no se quedaron en meros proyectos sino que logró realizar experimentos sociales que, desafortunadamente para él, terminaron en un completo fracaso. Es notorio en tal sentido "El Falansterio" que trataba de establecer una comunidad de aproximadamente 1.600 personas en que de tal modo se condujesen los hombres, que simplemente siguieran sus inclinaciones naturales, aunque previstas, claro, por una ley de la distribución de las inclinaciones, gustos y temperamentos de los hombres —que él pensaba que había descubierto— en que los números, las cifras y la armonía jugaban destacado papel. Pero el más significado de todos estos socialistas utópicos —que así los llamó más tarde precisamente Carlos Marx— fue, sin duda, Robert Owen, quien ha sido llamado el fundador del Socialismo y del Cooperativismo Inglés. A él se atribuye, en efecto, todo ese movimiento formidable que ha cobrado merecido auge como es el cooperativismo y ese otro, no menos importante, de las Trade-Unions, del movimiento sindical, entendido sobre todo en su aspecto de mejoramiento gremial, pues su sentido revolucionario lo habrá de recibir más tarde de los pensadores franceses, según vamos a ver más adelante. Es de veras fértil el Owenismo en esquemas teóricos y realizaciones prácticas, no obstante el sonado fracaso de su famoso experimento comunitario New Harmony.

Desde luego, había una gran variedad de expositores y tendencias. Parece que ante los fracasos del capitalismo proliferaban y pululaban las nuevas tendencias y posturas sociales. Quisiéramos detenernos en Luis Blanc, en Sismondi, en Cabet con su famosa "Icaria", en Blanqui; Decir algo de los "Socialistas de Cátedra"; de los "Socialistas Verdaderos", Bruno Bauer a la cabeza, todos utópicos según el rigor Marxista; pero creo que con lo dicho basta para que tengamos una idea somera.

En ese estado, en esa situación, hace su aparición en el escenario histórico lo que se conoce con el nombre de Socialismo Científico. Y aclara de una vez que nada tiene que ver con las anteriores utopías: "Esas fantásticas descripciones de la sociedad futura, que surgen en una época en que el proletariado, todavía muy poco desarrollado, considera aun su propia situación de una manera también fantástica, pro-



vienen de las primeras aspiraciones de los obreros, llenas de profundo presentimiento, hacia una completa transformación de la sociedad” (Manifiesto Comunista).

En efecto, el Socialismo Científico trata desde luego de comprobar sus tesis fundamentales en el fértil gabinete de la historia, en las sociedades humanas, en la economía de los pueblos. Pero, sobre todo, se trata de una síntesis. Carlos Marx, efectivamente, no es original en todos sus aspectos y por consiguiente, repito, se trata de una síntesis ideológica. El, sintetiza el pensamiento de la Filosofía Alemana, representada entonces por Feuerbach y Hegel, con el pensamiento socialista revolucionario francés y con el pensamiento de los economistas ingleses con quienes emparenta cuando hace la crítica del sistema capitalista en su obra fundamental “El Capital”, coincidiendo con Adam Smith y David Ricardo —así sea para tomar posiciones divergentes— particularmente en lo que atañe a la enunciación de su tesis con relación al “valor-trabajo”.

Hagamos un repaso somero de las tesis fundamentales del Marxismo, que seguramente ustedes ya conocen:

En lo filosófico, donde emparenta precisamente con los pensadores alemanes, el marxismo sostiene una tesis que se denomina precisamente Materialismo Dialéctico. No sólo resuelve la vieja disputa filosófica de realistas e idealistas a favor del realismo, que considera que es cierta y efectiva la objetividad, la realidad del ser de las cosas que nos rodean y no simples derivaciones de nuestra mente, sino que, además, considera que la realidad de las cosas es sencillamente material. La existencia única del universo, la realidad del ser es material. Las cosas ajenas a nosotros mismos son, desde luego, materiales; pero también nuestro pensamiento, nuestras ideas, nuestra conciencia, todo, todo, no son más que resultados sutiles y elaboraciones de la materia en movimiento. Nuestro pensamiento no es más que una elaboración de nuestro cerebro. No existe el espíritu como entidad independiente de la materia y las características más excelsas del hombre son sencillamente sublimaciones de la materia. “El mundo material, perceptible a través de los sentidos, al que pertenecemos nosotros mismos, es la única realidad. . . Por muy trascendentes que nos parezcan nuestra conciencia y nuestro pensamiento, no son sino productos de un órgano material, corporal, el cerebro. La materia no es un producto del espíritu, pero el espíritu mismo no es sino el producto superior de la materia”. (ENGELS: “Ludwig Feuerbach”).

Como se ve, el Marxismo es en el campo filosófico esencialmente materialista y encuentra su precursor inmediato en un filósofo mate-

ialista también alemán —Ludwing Feuerbach— y antecedentes más remotos en el inevitable pensamiento de los helénicos, especialmente en Demócrito, si bien el materialismo de este último difiere un tanto del marxista por la composición atomística con que el griego fundamenta su materialismo.

Pero hemos dicho, además, qué es materialista dialéctico. ¿Y qué es la dialéctica? Marx y quizá principalmente Engels, la toma precisamente de su precursor más inmediato, Hegel. ¿Pero cómo puede ser Hegel su precursor cuando éste no es materialista? Hegel es precisamente todo lo contrario, es un idealista (en el sentido filosófico del término) dialéctico. Hegel considera que es la idea desenvolviéndose a través del tiempo la que va obteniendo sus naturales resultados. En cambio Marx, y así lo dice textualmente, pone cabeza arriba el pensamiento de Hegel pero para quedarse, eso sí, con el método dialéctico aplicado a la materia y no a las simples “categorías lógicas”. Aunque como aclara el propio Marx: “Mi método dialéctico no es sólo distinto del de Hegel, sino que es opuesto. Para Hegel el proceso vital del cerebro humano, esto es, el proceso del pensamiento, que él transforma bajo el nombre de Idea en materia independiente, es el verdadero demiurgo del mundo real; y ese mundo es tan sólo la forma externa, fenoménica de la idea. Para mí, por el contrario, las ideas no son más que el mundo material reflejado en el cerebro humano y traducido en formas del pensamiento” (Marx. Prólogo a la segunda edición de *El Capital*).

Por supuesto la dialéctica tiene también su antecedente remoto en el pensamiento helénico. Es el filósofo Heráclito —“todo cambia, todo fluye”, “no podemos bañarnos dos veces en el mismo río”—.

¿Y qué es en rigor la dialéctica? Pues se trata en realidad de un procedimiento que busca el resultado de una descripción empírica de lo real. “La mejor herramienta y el arma más buida”, como dijo Engels, para los propósitos revolucionarios del Marxismo. Y es también una forma, un modo, para la obtención de la verdad, comparable en este sentido —no obstante sus enormes diferencias— con la lógica, a la que, según el pensamiento marxista, supera totalmente porque la lógica examina las cosas con criterio estático, analiza y trata de extraer la verdad considerando a las cosas como si fueran inmutables, mientras que la dialéctica las examina tal como efectivamente son: mudables, dinámicas, cambiantes. Porque las cosas, no obstante la aparente inmovilidad de algunas, no están quietas sino que están en continua transformación; el mundo no es estático, el universo todo está en constante, perenne desenvolvimiento. Y por eso, dicen —uno de sus más conocidos

críticos es Plejanov— la lógica resulta falsa, porque se basa en meras apariencias y si se quiere ser veraz hay que basarse en un sistema que tome la realidad como lo que es: perennemente móvil, fluyente, cambiante y dinámica. Ese método seguro, ese sistema, ese procedimiento, es precisamente la dialéctica. Ahora bien, esta dialéctica, que, como se ve, está muy lejos del mero diálogo platónico, está estructurada en una forma muy peculiar: es la “tríade” dialéctica que fundamentalmente consiste en un sistema de contraposición de opuestos de los que se obtiene un resultado. Así, toda “tesis” tiene una “antítesis” que al chocar con aquella, por contradicción, da por resultado una “síntesis”, síntesis que a su vez habrá de convertirse en tesis para la formación de una nueva tríade con su respectiva antítesis y síntesis, y así sucesivamente hasta el infinito. De modo que la dialéctica, se dice, es un sistema para extraer la verdad muy superior a la lógica. Con él podemos encontrar un resultado satisfactorio de los acontecimientos y, lo que es mejor, podemos adelantarnos a lo que efectivamente sucederá, encarándonos a futuros acontecimientos que fatal, inevitablemente vendrán, evolutivamente, o por saltos, revolucionariamente.

Emparenta, decía yo, Carlos Marx con los economistas ingleses precisamente cuando hace la crítica del capitalismo. El libro fundamental de Marx en este sentido es, ya se sabe, “El Capital” en el que, por cierto, la lógica, a pesar de todo, ocupa destacado papel, y en él acepta o coincide con numerosos postulados de aquellos aunque, claro, con modalidades especiales que él introduce. Pero es obvio que Marx está influido por los economistas ingleses cuando, por ejemplo, sostiene que la única base que nos sirve para determinar el valor de una cosa es el número de horas socialmente necesarias que se han empleado para su producción u obtención. Es el número medio de horas que se han empleado para obtener aquella cosa lo que determina su valor. Esto es así fundamentalmente para Marx y en esto coincide, he dicho, con el pensamiento de Adam Smith y David Ricardo, para quienes el valor de las cosas está igualmente determinado por el número de horas empleado en su producción. Al fin y al cabo, para éstos, en el fondo el trabajo es una mercancía. Y aquí es donde cabalmente no se queda Carlos Marx: acepta que, efectivamente eso es lo que determina el valor de las cosas, pero resulta que en el sistema capitalista de producción, en donde juegan papel importante las leyes naturales de la economía, especialmente la de la “oferta y la demanda”, no se le pagan al obrero, al operario, todas las horas que real y efectivamente ha trabajado sino que únicamente un número limitado de tales horas. Con lo que sucede que el capitalista, el productor, frente al operario queda en débito con

respecto a un número de horas que no ha pagado. Y, sin embargo, este débito se lo apropia para sí en desmedro del trabajador produciéndose a su favor una apropiación injusta. Esto es lo que se conoce en la doctrina marxista con el nombre de "Plus-valía".

Hasta aquí, están ya sentadas las bases fundamentales del Marxismo. Todo lo demás serán meras consecuencias que naturalmente se desprenderán del tallo. Marx, así, nos hablará todavía, como lógica consecuencia de ese vicio inicial del sistema capitalista de producción, la "plus-valía", de su célebre "Ley de concentración del capital", de la "miseria creciente del proletariado" y de la "depauperización de las masas". Toda esta masa depauperada y empobrecida, nacida de la crisis por sub-consumo, sin embargo, acrecentada por miles y miles de desocupados están integrando lo que se llama "el ejército industrial de reserva". Fácil será, cuando se haya producido esa pirámide social en cuya base está una cantidad enorme de desocupados y depauperados y en cuya cúspide están dos, tres, cuatro . . . catorce capitalistas, producir inmediatamente la expropiación y llevar a favor de ellos propios todo ese capital que hasta entonces ha sido ocupado en muy pocas manos con el signo inobjetable de la explotación. Y viene aquí la consecuencia política: para lograr eso se necesita actuar en forma revolucionaria. Es verdad que esa situación fatalmente tendrá que presentarse, tarde o temprano; pero los revolucionarios de todo el mundo deben precipitar, agudizar, estimular, las condiciones del advenimiento, por lo que no es lícito el cruzarse simplemente de brazos a esperar que el maná caiga del cielo. Y llegado el momento, la única forma revolucionaria aceptable es la toma del movimiento y del poder por los obreros ya que para instalar a su hora el socialismo en el mundo será preciso y necesario el uso de la fuerza, de la violencia, de la dictadura, y esa dictadura no puede ser otra que la dictadura de los propios obreros, de los proletarios, la "dictadura del proletariado" que no es por cierto la etapa final en el Marxismo, sino una etapa intermedia, transicional, para ir gradualmente ascendiendo hacia el socialismo y finalmente al comunismo integral en el que desaparecerán las clases y no habrá ni siquiera necesidad de ese viejo instrumento de opresión que es el Estado. El Estado actual no es más que un instrumento de dominación de los explotadores sobre los explotados, de la burguesía sobre el proletariado. Pero la sociedad capitalista está "preñada" de las fuerzas que habrán de destruirla. Tiene en su seno a su propio sepulcero: el proletariado unido es ese sepulcero que finalmente habrá de enterrar la dictadura del proletariado que instaure el socialismo como paso previo a una sociedad sin clases . . .

En lo social Carlos Marx encuentra también, posiblemente influido aquí por el naturalismo de Carlos Darwin, que el motor de la historia es “la lucha de clases”. Al aplicar el método dialéctico a la historia encuentra con que siempre se ha presentado ese fenómeno de la lucha de clases. Dice textualmente: “La historia de todas las sociedades que han existido hasta nuestros días es la historia de la lucha de clases. Hombres libres y esclavos, patricios y plebeyos, señores y siervos, maestros y oficiales, en una palabra: opresores y oprimidos se enfrentaron siempre, mantuvieron una lucha constante, velada unas veces y otras abierta; lucha que terminó siempre con la transformación revolucionaria de toda la sociedad o el hundimiento de las clases beligerantes” (Manifiesto).

Y es natural esta lucha de clases para el Marxismo porque la historia está absolutamente determinada por las formas de producción que sucesivamente ha ido adoptando la humanidad. Es la base económica, el proceso de producción de los bienes materiales la causa fundamental en que descansan todas las manifestaciones sociales, incluso las culturales. Sobre el fondo de la economía, el derecho, la política, el arte, la religión, no son más que meras super-estructuras sociales, periféromos, algunos dócilmente vibrátiles. Es este el “Determinismo Económico” de que tanto se habla y que el propio Marx explica así: “El conjunto de las relaciones de producción forman la estructura económica de la sociedad, o sea, que es la base real sobre la que se fundamenta una super-estructura jurídica y política a la que corresponden formas sociales determinadas de la conciencia. La forma de producción de la vida material determina, por lo general, el desarrollo social, político e intelectual de la vida. No es la conciencia del hombre la que determina su manera de ser, sino que su manera de ser social la que determina su conciencia” (Marx. Prólogo de la “Crítica de la Economía Política”).

No es la doctrina marxista una doctrina meramente teórica. No es algo que se va a quedar en meras lucubraciones. Es, por el contrario, una doctrina de un impacto impresionante que, con hábil maestría, dará ciertamente en el blanco a que va dirigida ya que, además, resulta especialmente atractiva por la calidad mesiánica, casi mística, verdaderamente sentimental que sabe imprimirle a la base científica; atributos con los que procura atraerse a las masas obreras a las que hace ver que con su lucha decidida, franca, violenta, intransigente, llegará un momento en que se pueda construir una sociedad mejor. Este elemento sentimental, revolucionario, que utiliza la ira que hierve por

un padecimiento de siglos, importa también en gran manera al Marxismo. El mundo tiene que cambiar de por sí, pero hay que ayudar al parto de ese mundo nuevo, precipitarlo. Y todo esto, digo, no se queda en mera teoría: de la doctrina a la práctica.

En 1848 se lanza el “Manifiesto Comunista” elaborado precisamente por Marx y Engels por encargo de la “liga de los comunistas” —asociación obrera internacional que por las circunstancias de la época sólo podía actuar clandestinamente— otorgado en el Congreso celebrado en Londres en noviembre de 1847 con el objeto de que redactaran un programa detallado del partido, a la vez teórico y práctico, destinado a la publicación. En su prólogo se lee “Un fantasma recorre Europa: el fantasma del comunismo. Todas las fuerzas de la vieja Europa se han unido en Santa Cruzada para acosar a ese fantasma: el Papa y el Zar, Metternich y Guizot, los radicales franceses y los polizontes alemanes. ¿Qué partido de oposición no ha sido motejado de comunista por sus adversarios en el poder? ¿Qué partido de oposición, a su vez, no ha lanzado, tanto a los representantes más avanzados, de la oposición como a sus enemigos reaccionarios, el epíteto zahiriente de comunista? Es hora ya de que los comunistas expongan a la faz del mundo entero sus conceptos, sus fines y sus aspiraciones” (De modo que en 1848 o antes ya se podían encontrar frases o *slogans* similares a los que actualmente están en boga).

Punto importante dentro del desenvolvimiento práctico de la teoría marxista es el que considera que los trabajadores, que los obreros, no tienen por qué estar muy constreñidos por el concepto de Patria. Se necesita que se vinculen internacionalmente —“proletarios de todos los países uníos”— porque es la misma lucha para todos, sin fronteras. Si el capital financiero es internacional, el proletariado también es internacional. Precisamente estas cuestiones patrióticas, dice, son las que vienen obstaculizando el movimiento de la clase obrera. Es necesario que se internacionalice su lucha, que rompa las barreras nacionales, verdaderos cinchos que ahogan la eficacia del empuje obrero. Se debe ser revolucionario. Se debe ser internacional.

Y entonces, en 1864, se efectúa en Londres lo que se conoce con el nombre de Primera Internacional. Una Internacional es una reunión con miras prácticas de los diferentes partidos socialistas, con tendencia revolucionaria e internacional. En esta Primera Internacional no hay todavía unanimidad de criterio. Va a irrumpir en ella una tendencia novedosa, seguramente más violenta que cualquiera de todas las otras. Se trata del anarquismo, cuyo principal exponente en esta Internacional es Miguel Bakunin, que tendrá seguidores, Kropotkin por ejemplo, y

posiblemente, Jorge Sorel más adelante en Francia. En España ha sido muy notorio el crecimiento del anarquismo. Son célebres en este sentido las “comunidades libres” o el comunismo libertario preconizado durante mucho tiempo por la C. N. T. (Organización Anarco-Sindicalista) en franca oposición al Estado burgués y aun al Estado proletario. Sus más célebres dirigentes, en tiempos de la República, fueron Buenaventura Durruti y Pestaña. Ha tenido también el anarquismo sus antecesores. Un antecesor del anarquismo pudiera ser por ejemplo Proudhon —“la propiedad es un robo”— con quien Marx ha tenido enormes polémicas, muy encendidas y algunas veces hasta pintorescas por la manera tan ardiente, apasionada, con la que se enfrascan en discusiones estos dos pensadores. Hay por ejemplo, un momento en que Proudhon escribe un libro que intitula muy circunspectamente “Filosofía de la Miseria”... y Marx rápidamente le contesta “Miseria de la Filosofía”.

Es en esta Primera Internacional, pues, donde con tales antecedentes se pone de manifiesto el anarquismo cuyo principal baluarte, decíamos, es Miguel Bakunin. ¿Qué es el anarquismo? ¿Qué significa? Pues en realidad el anarquismo, concretamente, y a pesar de su infinidad de variantes, no es más que una doctrina que trata de socavar los fundamentos del Estado, del poder. Va contra todo poder, contra todo gobierno, contra todo sistema que pueda hacer presuntiva opresión, contra el Estado fundamentalmente. Y en tal sentido conviene hacer la consideración de que los anarquistas, en general, no son personas que únicamente tengan aproximación con el comunismo o el colectivismo, como es el caso de Bakunin, sino que algunos liberales, por ejemplo, que consideran que el Estado no debe hacer nada y que hay que mantener completamente libres a los hombres, abogando casi por el “estado de naturaleza”, en cierto modo se ajustan también a esta clasificación. La coincidencia de todos los anarquistas es su ataque al poder, al Estado. En tal sentido pudiera hablarse también de anarquistas cristianos, que apelando al puro amor cristiano que se debe al prójimo y a todas las criaturas de Dios, consideran ociosa la fuerza compulsiva del Estado que impide, al hacer uso de la fuerza, las sanas manifestaciones de la bondad humana: tal es el caso de León Tolstói, por ejemplo: —“Poder y Libertad”, “Consejos a los dirigidos”, “Resurrección”—. Pero dejemos que sea Bakunin el que nos explique brevemente los fundamentos de su doctrina; dice: “En una palabra, desechamos la legislación, toda clase de autoridad, toda influencia oficial y legal”. Para conseguir eso gustaba Kropotkin de hablar del “argumento en la acción” para refe-

rirse a los medios explosivos y expeditivos, directos, con olor a sangre y a dinamita.

Frustrada por las largas controversias con el anarquismo, la Primera Internacional se disuelve en 1876.

Peo un movimiento revolucionario e internacional necesita seguir adelante con sus propósitos: París, 1889. Se instala la Segunda Internacional. Esta Segunda Internacional no llena, desde el punto de vista del Marxismo auténtico, tampoco todos sus deseos y aspiraciones. Deviene tibia, según dicen, de un socialismo tan moderado, al decir de los marxistas más exaltados, que llega también a su fracaso cuando después, con motivo de la guerra en 1914 tiene que entrar en franca contradicción con los sostenedores de que los obreros no deben estar pensando en votar presupuestos para el armamentismo de los países que están incorporados en la conflagración o en el conflicto, cosa que hace chocar, lógicamente, la naturaleza propia de la Internacional con el sentimiento patriótico de algunos participantes. Por eso la Segunda Internacional —así como la primera se vio interceptada por el anarquismo— resulta ser de una tendencia meramente socialista en donde no se divisan claras conclusiones. Es importante esta Segunda Internacional a la cual están adscritos numerosos países, entre ellos Alemania (que en esos momentos va a la vanguardia del movimiento socialista), Inglaterra, Francia, porque en ella se hace presente una modalidad de pensamiento de la cual les hablaré más adelante y que se llama “Revisionismo Marxista” que da pábulo al pensamiento conector de Eduardo Bernstein en Alemania y Alejandro Millerand en Francia.

Al grito de “La Segunda Internacional ha muerto, viva la Tercera Internacional”, se inaugura la Tercera Internacional en Moscú 1919. De inspiración eminentemente y notoriamente Leninista. Y aunque en esta tercera Internacional hay también una serie de incidencias, el pensamiento general que concurre se manifiesta ya en una forma homogénea. En esta Tercera Internacional, en la que por cierto está representado nuestro país, se forma entre otras cosas lo que se conoce con el nombre de Comintern que después, sin embargo, con la Segunda Guerra Mundial, tiene que ser disuelto en atención a las exigencias de las democracias occidentales. Peo para esa época ya el Marxismo tiene su propio campo de experimentación en las enormes y heladas estepas de la “Santa Rusia”, convertida en Unión Soviética, en donde Lenin está conduciendo una revolución triunfante.

Más tarde, las inevitables pugnas de partido que hablan de “Revolución Permanente” y “Socialismo en un solo país” dan motivo para



que los Troskistas intenten formar la Cuarta Internacional que no alcanza, con todo, mayor desarrollo. Es natural, la pugna entre los dirigentes soviéticos se ha agudizado tanto que llega hasta el dramático extremo de que el piolet de Jacques Mornard, en México, deja las últimas gotas de la sangre de Trosky manchando las páginas de su libro "Stalin", cruel corolario de una vieja rivalidad.

El apogeo del socialismo —de todas las tendencias— más que por las doctrinas, por las naturales transformaciones de la Sociedad, es, pues, verdaderamente impresionante. La Iglesia, entre tanto, cree que ha llegado el momento de decir algo con respecto a estas manifestaciones del pensamiento, harto peligrosas que se están presentando. En 1878 León XIII, el mismo Pontífice de la *Reiun Novarum*, lanza la Encíclica "Quod Apostolici Muneris" y en ella se refiere a la "plaga mortal que está corrompiendo a la sociedad en su raíz misma y poniéndola en grave peligro. Aludimos a las sectas de hombres que con nombres y títulos diferentes, y todos ellos bárbaros, de socialistas, comunistas y nihilistas, se extienden por todo el mundo, y que, unidos íntimamente en funesta alianza, ya no buscan un fuerte apoyo en reuniones secretas celebradas en lugares sombríos, sino que, mostrándose abierta y audazmente a la luz del día, luchan por conseguir su propósito, decidido ya hace tiempo, de acabar con los fundamentos de la Sociedad civilizada en general".

Las anteriores palabras parecieran constituir, son, sin duda, una manifestación de temor ante el violento fenómeno que se está produciendo en el mundo. Pero la Iglesia, naturalmente, no se queda en eso. En 1891, para sorpresa de los sectores conservadores, que creen ver su baluarte en la Iglesia Católica, lanza el mismo León XIII la famosísima Encíclica *Reiun Novarum* que provoca en el mundo las más encendidas controversias. Un Socialista Agrario Norteamericano, Henry George, la responde con una interesante carta abierta al Papa que luego se convierte en un célebre libro bajo el título de "La Cuestión Obrera". Cuarenta años más tarde, en 1931, el Papa Pío XI conmemora la *Reiun Novarum* con la Encíclica "Quadragesimo Anno", encíclicas en las que no me detendré por ser ampliamente conocidas pero en las cuales la Iglesia se define frente a los palpitantes problemas sociales con singular valentía. Sin rehuir las cuestiones centrales; establece su criterio con respecto a la propiedad privada, la cuestión gremial, el trato justo al obrero, el salario justo etc., etc. Siguiendo la tradición de las grandes Encíclicas Juan XXIII lanza en 1961, el 15 de mayo, la Encíclica "Madre y Maestra" para mayor sorpresa del pensamiento conservador que está creyendo que el papel de la Iglesia

es el de sacarle las castañas del fuego y convertirse en portaestandarte de mezquinos intereses, y ve, en cambio, que, al contrario, con cierto "giro a la izquierda" avanza resueltamente en busca de soluciones para los pavorosos problemas sociales y económicos de la humanidad. Es interesante conocer uno de sus párrafos: "Uno de los aspectos típicos que caracterizan a nuestra época es la Socialización, entendida como un progresivo multiplicarse de las relaciones de convivencia, con diversas formas de vida y de actividad asociada, y como institucionalización jurídica".

En el momento de salir a luz estas líneas acaba de ser publicada una nueva Encíclica de Juan XXIII: La Encíclica "Pacem in Terris".

Mientras tanto, en el seno del pensamiento socialista no todo era unanimidad. Actuantes han quedado las bases que dejó Robert Owen en el Cooperativismo y el Sindicalismo. Ya nos hemos detenido algo en examinar el Anarquismo. Por cierto que ha tenido su retoño; su ramal: es el Anarco-Sindicalismo que está recibiendo el empuje de un pensador francés verdaderamente violento, impresionante, que precisamente entra en competencia a su vez con los socialistas, especialmente en lo que concierne a la Soberanía del Estado. Y plantea una Tesis pluralista de la Soberanía: también los Sindicatos tienen la palabra en la historia, no sólo el Estado; atrás el Estado. En realidad estamos cansados de sistemas de opresión que puedan ser significados por el Estado que a la postre no resuelven el problema social que anida, fundamentalmente, en los propios núcleos de trabajadores que buscan como medio natural de lucha y expansión la fuerza afectiva que brindan los Sindicatos. Son éstos, fundamentalmente, los que deben tomar el poder político ya que la Soberanía, realmente y no como ficción tiene su asiento en esas columnas verticales, pétreas, que, plural pero sólidamente sostienen al Estado y a la Nación. Aquí encontrará también más tarde el "Estado Corporativo" toda una cantera que explotar y desarrollar. Porque la singular violencia de Jorge Sorel, que es un enamorado de la acción —No en balde se llama su principal libro "Reflexiones sobre la Violencia"— encontrará eco en Pareto Mosca y Gentilli que con el propio Benito Mussolini levantan los soportes del Fascismo.

Pero queremos detenernos en algo a que ya hemos hecho alusión: al Revisionismo Marxista, cuyos principales expositores son Eduardo Bernstein, en Alemania y Alejandro Millerand, en Francia. Es claro que el Revisionismo tiene su viejo historial y pueden señalarse numerosos antecesores más o menos heterodoxos. El refinado Fernando

Lasalle, por ejemplo; El propio Carlos Kautsky, a pesar de su aparente apego a la ortodoxia; Jorge von Wolmar, para citar algunos.

Peró la revisión más seria, profunda y severa está, sin duda representada por Eduardo Bernstein. Nacido en Berlín en 1850, Eduardo Bernstein es un Periodista, un Escritor Alemán con evidente vocación política. Ha sido Oficial Bancario durante algunos años de su juventud y conoce lo que son las Estadísticas y las Matemáticas; le gusta el aspecto pragmático de las cosas, le gusta más que todo lo que sean simples lucubraciones mentales. Exiliado como todas las personas de la época que más o menos manifiesten tendencias revolucionarias o peligrosas, es expulsado de Alemania y Suiza y tiene que llegar a Londres, Inglaterra, y allí traba sólida amistad precisamente con Engels. En Londres ejerce activamente el Periodismo y escribe pacientemente algunas de sus principales obras. Allí dirige el Periódico *New Times*. Fallece en el año de 1932.

El principal mérito del Revisionismo Marxista que representa Bernstein es el de someter a crítica la concepción esquemática y mental del Marxismo. Someterla al análisis de los hechos; ver si efectivamente es tan poderosa, tan fundamental como para resistir la comprobación pragmática, la manifestación de hechos que pueden o no contradecirlo, ver hasta que punto es real, concreto, material, evidente, notorio, práctico el Marxismo. Ver hasta donde se aproxima la idea meramente esquematizadora y mental con la realidad que suele tomar rumbos y formas inimaginables, inaprehensibles... Y encuentra, así, Eduardo Bernstein, que algunos de los vaticinios de Carlos Marx no se están efectivamente cumpliendo.

Por ejemplo, dice, no es cierta, no, la depauperización de las masas de que hablaba Marx. Y repáren Ustedes en que él no se está refiriendo a países que hoy llamamos sub-desarrollados, o poco industrializados, o a países coloniales ni nada de eso. Se está refiriendo cabalmente a los países sobre los que Marx elaboró su doctrina, a los países capitalistas perfectamente industrializados. Y es sobre esa base, sobre su propio terreno, que Bernstein le responde sometiendo a la prueba de los hechos reales el esquema mental del marxismo. Entonces, digo, encuentra Bernstein que en esos países altamente industrializados no se está produciendo la "depauperización de las masas" y es falsa también la "miseria creciente del proletariado". Al contrario, dice, hay una mejora creciente gracias, entre otras cosas, a la acción sindical y a las ventajas que por su medio se han ido consiguiendo para la clase obrera algunas veces hasta con ritmo acelerado. La fachada que presentan al mundo las urbes industriales no indican ni

por asomo que se esté produciendo la “misericordia” y la “depauperización” aquellas de que nos hablaba Marx. En donde quiera puede comprobarse el mayor auge, el mayor florecimiento; y el obrerismo, utilizando certeramente sus recursos, ha conseguido para sí gran cantidad de prestaciones, toda una serie de mejoras que sería falso negar y que Marx creía que no se iban a producir en virtud de la “ley de la concentración del capital” que inevitablemente, fatalmente, tendría que ir acentuando la depauperización completa de las masas. Es falsa por lo consiguiente la “ley de concentración capitalista”. La verdad es que cada vez hay más dueños de capital en vez de menos y que hasta los propios obreros, las gentes de escasos recursos, más bien están tratando de participar en la empresa capitalista por medio de acciones o a través de la más variada clase de sociedades, Anónimas, Mutualistas, Comanditarias, por lo que no es cierto, insiste Bernstein, que se esté produciendo esa pobreza, esa depauperización. Creo importante recordar que Bernstein se está refiriendo a los países altamente industrializados, como Alemania, Inglaterra, Francia, Estados Unidos, en donde la realidad está jugando una mala partida al Marxismo, y no a países como los nuestros en donde la doctrina Marxista tendría también que ser revisada pero en otros sentidos.

Con respecto a la clase media Marx había dicho que la pirámide social iba a tomar una forma agudísima en donde la base de depauperados y miserables iba a ser enorme y en cuya cúspide iban a estar unos pocos pudientes y capitalistas. Pero resulta que hay una clase media que no desaparece dice Bernstein y, más aún, no da señales de desaparecer. Hay una amplia clase media que se traslapa entre las dos y que es notoriamente sólida y abundante; que tiene grandes medios y posibilidades, que se va ensanchando, y que, evidentemente, no es revolucionaria. Esa clase media, dice, a lo sumo cambia de forma. Abandona el taller y se hace accionista; se hace empresaria y capitalista de menor cuantía. La Pirámide social no toma la forma que Marx predijo. Todo lo dicho está a la vista, ante los ojos. Yo, dice Bernstein, no estoy interesado en hacer lucubraciones mentales; lo que simplemente quiero es ver si los vaticinios de Marx se cumplen o no; no veo, para el caso, la depauperización de las masas; no veo la miseria creciente; no veo la concentración capitalista; veo, en cambio, que la clase media no ha desaparecido sino que, al contrario, tiende a robustecerse.

Lo que sucede dice Bernstein es que el capitalismo como que se va socializando. Como que, por una ironía histórica, los extremos tienden a tocarse, a aproximarse bajo una presión histórica que los hace

converger. Es evidente también que con el crecimiento de grupos intermedios se hace menos aguda la lucha de clases y la frontera tajante entre las clases se diluye haciéndose más viable la circulación del bienestar.

Al margen de las ideas de Bernstein vale la pena reflexionar en cómo un análisis posterior de los hechos es un precioso vivero de sugerencias. En efecto, los países capitalistas han tenido que soportar toda una serie de medidas que se introducen bajo la fuerte presión de un sistema socialista de la vida. Y he aquí que este cambio de tendencia, este injerto, ha hecho imposible que se cumplan los vaticinios del Marxismo. Aquí habría que llamar a reflexión a los liberales intransigentes de viejo cuño para que comprendan hasta qué punto se hubiera cumplido la profesía marxista si no interviene a tiempo el Estado y la acción sindical. Marx no erró. Las que fallaron fueron las premisas de las que sacó sus consecuencias. Si hubiera el Liberalismo permanecido en su ortodoxia es muy posible que a estas horas su derrumbe hubiera sido inevitable.

Pero volvamos a Bernstein, que ante los hechos se resiste a aceptar las tesis del Marxismo. El capitalismo, pues, como que se va socializando, va soportando el rigor de las correcciones que le impone el propio proletariado y el Estado mismo. Y sí, por otro lado, las premisas, los antecedentes, las bases, los fundamentos que Marx tenía para la acción revolucionaria no se vislumbran ni se divisan, entonces lo que va a pasar es que realmente vamos a un Socialismo (eso no lo niega Bernstein que es un Socialista convencido) pero vamos a ir a un Socialismo Evolutivo, nombre que recibe, por cierto, uno de sus principales libros. En los países altamente industrializados no habrá, por consiguiente, según su opinión, una transición repentina, un cambio brusco, violento, de la sociedad capitalista a la sociedad socialista, sino en forma evolutiva. No se vislumbra la "crisis final" del capitalismo y no se presentará ese derrumbe radical de él, ni vendrá, por lo consiguiente, esa toma de poder del proletariado. Ahora bien: reparen ustedes en los hechos posteriores a todo esto. Precisamente la doctrina Marxista, que tiene que ampliar y corregir, que acondicionar Lenin, hace su primera aparición histórica triunfante en la Unión Soviética, que no es, por cierto, en aquella época un país altamente industrializado, lo que en cierto modo viene a corroborar las críticas de Bernstein. Porque en los países altamente industrializados las cosas van tomando un sesgo diferente, un tanto sorprendente, nuevo, que tuerce el rumbo aparentemente inexorable, fijo, fatal, que había indicado Marx.

En otro orden de ideas, Bernstein pone en duda la solidez de la concepción de Marx acerca de la plus-valía y la doctrina del “valor-trabajo”, doctrina que, en todo caso, sería buena si se le considerara únicamente desde el punto de vista de la oferta, porque la verdad es que no es cierto que el trabajo sea la única fuente del valor. Hay objetos valiosos en los que no se ha empleado mayor trabajo. Debe tomarse en cuenta el valor intrínseco de las cosas; el valor en cambio que ellas tienen. Ver no sólo el momento de la oferta, sino también el momento de la demanda. Y parece que modernamente ha tenido respuesta esta crítica a la teoría del “valor-trabajo” porque los modernos economistas que hace tiempo abandonaron también la doctrina del “costo de producción” prefieren hablar en este sentido de una nueva doctrina, más exhaustiva, más completa, más satisfactoria, la doctrina de “la utilidad Marginal” que, en términos generales, consideran como la utilidad del último incremento de un artículo de consumo por el cual una persona puede estar dispuesta a entregar algo de valor en vez de renunciar a dicho artículo. El estímulo de la cosa en sí que atrae personas interesadas en adquirir tal cosa. La doctrina del “valor-trabajo” no considera el efecto que produce la mala dirección del trabajo; analiza el valor solo desde el punto de vista de la oferta; hay objetos de alto valor que se producen con escaso esfuerzo; otros de bajo valor son resultado de una labor considerable; mercaderías de alto valor en uso tienen bajo valor en cambio; contrariamente, artículos de alto valor en cambio tienen escaso valor en uso. . . etc. etc.

Es exagerado, dice Eduardo Bernstein, el “Determinismo Económico” de la doctrina Marxista (Ortega refiriéndose a la “interpretación económica de la historia” le llamará más tarde “falsedad cien veces demostrada”) y al respecto dice aquel textualmente: “La sociedad moderna es mucho más rica que las sociedades anteriores en ideologías que no están determinadas por la economía o por la naturaleza que actúe como una fuerza económica. La ciencia, las artes, toda una serie de relaciones sociales, dependen hoy mucho menos de la Economía que antes”.

Yo creo por mi parte, que lo que sucede es que las interpretaciones monistas son siempre subyugantes. Recuérdese al respecto el monismo Freudiano para comprender la inclinación mental a buscar una sola causa, cuando lo que hay es siempre una interacción de causas. Adler, Jung y los modernos psicólogos han tenido que complementar en efecto las doctrinas del maestro de Viena para quien toda la conducta estaba determinada por motivaciones sexuales. Y es que con criterio monista cada quien podría sentirse autorizado para hablar, por ejemplo,

de una interpretación sagrada de la historia, siguiendo a Bossuet; de una interpretación geográfica, siguiendo a Montesquieu; de una interpretación étnica o racial, siguiendo a Gobineau; o de una interpretación heroica, siguiendo a Carlyle.

Un escrúpulo de naturaleza democrática hace a Bernstein manifestarse también en contra de la "Dictadura del Proletariado". Le parece que ésto es algo completamente reñido con los más hermosos postulados de la Democracia. La Democracia aspira a la supresión de un gobierno de clase y no puede aceptar la sustitución de una forma de ésta por otra. Se proclama defensor sin reservas de la teoría democrática del Sufragio Universal y rechaza el sistema de dominación de una clase por otra que el marxismo no suprime sino que sitúa a la inversa. Recuerden ustedes que el marxismo había dicho que el Estado es precisamente eso: el instrumento de dominación de una clase por otra. Eso es lo que había sostenido el marxismo mientras anunciaba la violencia para la captura del poder. Por supuesto le tomaron la palabra los regímenes antagónicos que no tuvieron escrúpulo en hipotecar a su favor muchas de las situaciones políticas para ellos favorables que hacía posibles el capitalismo. Y claro: si el Estado es una presa de la que hay que apoderarse a toda costa, con toda la violencia, como dicen los marxistas, pues también es una presa que hay que mantener y conservar a toda costa dicen las oligarquías fascistas. Nosotros, dirán, ya la tenemos; les llevamos la ventaja. Y hay que conservarla con toda la violencia que sea necesaria. Que sufran la destrucción quienes nos anuncian la destrucción. En política no se puede ser tan franciscano. Antes de que nos la quiten por la fuerza, empleemos ésta para defender nuestra presa, nuestro botín! ¡Violencia contra violencia! que ha dado por resultado lógicamente en la historia la aparición de los más sangrientos y odiosos totalitarismos como el propio fascismo y su exponente más agudo el nacional-socialismo —nazismo— alemán y todos los movimientos de esa índole que hacen su aparición en diferentes países con diferentes nombres pero en el fondo con la misma inspiración. Y es que Bernstein, que cree en la Democracia, en el fondo no puede despojarse de ese minimum de tolerancia para el adversario que fatalmente se descubre en quien lleve una gota de estirpe liberal, y siente la necesidad de rendirle tributo a sus ancestros. Y dice rendidamente: "Del liberalismo, como gran movimiento histórico, el Socialismo es su legítimo heredero, no sólo por sucederle en el tiempo sino también por las cualidades de su espíritu".

Y, finalmente, Bernstein combate la expresión del manifiesto “los trabajadores no tienen patria”. Patrioterismo o sensiblería, lo cierto es que hay motivaciones afectivas que no pueden jamás dejarse de lado.

Me he detenido bastante en Bernstein por ser el principal expositor, a mi juicio, del Revisionismo y quien sintetiza en regular escala muchas de las críticas de otros autores. La conclusión práctica que Bernstein saca de su revisión del dogma es que hay que aprovechar la Democracia para reformar. Hay que utilizarla para enmendar, para progresar, para instalar todas las mejoras que necesitan las clases desposeídas. Si se está viendo que se pueden conseguir por medios democráticos toda una serie de conquistas a favor de los trabajadores, de los proletarios, de las clases necesitadas, pues hay que utilizar, que exprimir esos medios. No es cierto, trabajadores, dice, que se va a producir esa ruptura violenta que anunciaba Marx; lo estamos viendo. No se cumple la tesis “catastrófica” del capitalismo. Pero sobre todo, es perfectamente factible, posible, viable y justo utilizar el sistema Democrático —que para eso ha sido forjado— y alcanzar a favor de las clases necesitadas las mayores y mejores conquistas, conquistas que habrán de tener, si se quiere, la misma amplitud y mayores ventajas de las que se consiguen por medios revolucionarios.

Es este, pues, el pensamiento de Eduardo Bernstein denominado Revisionismo Marxista que cobra verdadera importancia por venir de quien viene, un militante socialista, marxista del Partido Social Demócrata Alemán. No insisto en el pensamiento de Alejandro Millerand en Francia porque mutatis mutandi es paralelo o equivalente y, en todo caso, es aquel el principal expositor de la doctrina.

Desde luego, ante la posición de Eduardo Bernstein en la Segunda Internacional, saltó la ortodoxia marxista. No era para menos. Y es preciso declarar que en ningún momento la posición de Bernstein conmovió el dogma oficial del Marxismo. Uno de sus integrantes, Bebel, hizo moción porque se censurara a Bernstein por estar diciendo semejantes cosas que venían a echar por el suelo la única idea original del siglo. Sin embargo no se le expulsó del Partido porque, como aclaraba Bebel, “no se le debía considerar un mal camarada” y en la práctica, aunque en la doctrina fue públicamente rechazada su opinión, parece que muy sutilmente fue determinando mucho la conducta del partido Social-Demócrata alemán.

Justo es citar aquí la ardentía con que Bernstein es combatido por muchos autores. Dejemos aquí constancia de la célebre Polaca Rosa Luxemburgo, con su obra “La Acumulación del Capital”. Y sigamos adelante.



Ustedes comprenderán que no puedo detenerme a desarrollar el tema del Socialismo en todos los países por ser un tema evidentemente amplísimo. Pero es notorio constatar que las ideas socialistas iban rápidamente ganando terreno en todos los órdenes. Ya en Europa, la primera conquista del Socialismo Marxista se había producido en la Unión Soviética, después de la Revolución y hemos indicado que este solo hecho es comúnmente señalado como una verdadera paradoja precisamente porque Rusia en ese entonces era un país bien poco industrializado y distaba mucho de llegar a ser la potencia mundial en que hoy se ha convertido. Ha llovido mucho desde entonces. Claro que en ese sentido han estado el pensamiento y la acción decisivas de otro gran representante del Socialismo en quien no puede menos que reconocerse sus grandes condiciones de dirigente teórico-práctico. Me refiero a Wladimiro Ylich Ulianov, mejor conocido por Lenin, a quien, según dicen, le gustaba citar la sentencia que Goethe pone en boca de Mefistófeles: “La teoría es gris; lo que es verde es el árbol eterno de la vida”.

En algunas partes, no obstante su perenne devoción marxista y el celo que pone de manifiesto en obras como “materialismo y empiriocriticismo”, Lenin no puede menos que ampliar y acondicionar la obra de su maestro. Tal es lo que sucede fundamentalmente en la práctica de su doctrina que constantemente debe someter a las exigencias del medio e imponerle las correcciones convenientes y necesarias. Tal es lo que sucede también con las ideas principales de Lenin expuestas en sus principales libros entre los que cabe mencionar “El Estado y la Revolución” y “El Imperialismo, etapa superior del capitalismo” en los que afina los aspectos políticos de la toma del poder por el proletariado a través de su instrumento natural, de su ariete, el partido político; y hace ver, por otra parte, cómo y por qué los países que no están industrializados abastecen a los que sí lo están ya que en realidad lo que acontece, dice, es que estos se alimentan de aquellos, permitiendo su supervivencia en el tiempo pero a costa, claro, del coloniaje o el imperialismo económico que se nutre en los mercados mundiales. El experimento soviético, con todo, que nace soportando desde el inicio los ajustes que eran necesarios para su exitosa instalación, ha tenido que sufrir a través de sus ya largos años de vida los rumbos diversos y a veces hasta antagonicos que le han ido impiendo sus sucesivos dirigentes. A la muerte de Lenin, el 21 de enero de 1924, y una vez clarificada la sucesión, hubo de sucederle en la conducción del Estado, la acerada dirección de Stalin, autor de la teoría del “Socialismo en un solo país”, acerada dirección que más tarde

hemos visto poner en entredicho cuando muerto Stalin, y una vez depurada la sucesión, el nuevo conductor Jrushov, creador de la doctrina de la "coexistencia pacífica" hubo de someter a toda la Unión Soviética a lo que él consideró un sanitario proceso de "Destalinización"

En Alemania, mientras tanto, con altibajos de virulencia o moderación, el partido Social Demócrata seguía ganando terreno. Sin duda cobró cierto auge la posición revisionista o moderada que había sido estimulada por varios pensadores —entre ellos Bernstein, que era alemán— pues fue ganando un amplio favor popular la posición de quienes creían ver en la Democracia la posibilidad de lograr conquistas satisfactorias para los elementos obreros y proletarios en general. Tal vez un fruto concreto, bien madurado, del Revisionismo Marxista, sea un artículo que aparece en la Constitución de Weimar de 11 de Agosto de 1919, constitución que, por cierto es ampliamente conocida como constitución Madre junto con la Constitución Norteamericana, Soviética y Mexicana, precisamente porque en general son las que han inspirado todo el movimiento Constitucional moderno. Así, nuestra Constitución Política de 1950 sin duda están inspirada, por lo menos parcialmente, en algunos de los principios de la Constitución Alemana de la República de Weimar, aunque, desde luego, acepta también otras orientaciones concurrentes. Pero si se bucea un tanto, allá encontraremos algunos de los principios de nuestro moderno derecho constitucional (si es que podemos hablar de eso en nuestra Patria) como la Propiedad en función Social, la nacionalización potencial de industrias básicas, la limitación de la autonomía de la voluntad y por consiguiente de la libertad de contratación, libertad de Asociación Profesional, Huelga como institución jurídica. Pero bien, decía que en la Constitución de Weimar aparece un artículo que parece ser fruto bien sazonado del Revisionismo Marxista. Tal artículo dice a la letra lo siguiente: "Al Estado corresponde intervenir en la vida económica para procurar el bienestar colectivo; los recursos naturales deben ser utilizados en beneficio de la colectividad; la nación tiene el derecho y aún el deber de socializar, en beneficio de la población, las empresas o industrias, mediante una ley y a reserva de cubrir la indemnización correspondiente".

Mas después de los acontecimientos que dieron por resultado la instalación de la República de Weimar que apenas flotaba seguramente sobre un bajo fondo en plena ebullición vino... lo que todos vimos: el advenimiento de una doctrina violentísima, saludada por miles de brazos en alto, teñida de los más oprobiosos ribetes raciales de Pan-germanismo, racismo, antisemitismo, como fue el Nacional Socialismo,

que con el estuendo de sus nuevas cohortes y legiones y sus divisiones Panzer, buscando el "espacio vital" para su pleno desenvolvimiento llegó a la provocación directa de la Segunda Guerra Mundial. Hay, actualmente poco que decir de Alemania. O mucho. Por lo menos mientras no se defina claramente la situación en que se encuentra, dividida en Alemania Occidental y Alemania Oriental, teatro agitado de la Guerra Fría.

He aquí en otra porción geográfica la secuela del movimiento Socialista. Me refiero a Inglaterra, cuna y tumba de tantos sucesos. El movimiento Socialista Inglés tiene como fundamentos especiales lo que se conoció con el nombre de Fabianismo, el cual es un socialismo no marxista, un socialismo también evolutivo, de tendencia democrática como no podía ser menos en Inglaterra, que busca obtener conquistas para los trabajadores e impedir e inutilizar los medios de preponderancia capitalista. La base, el núcleo de lo que hoy es el Partido Laborista precisamente nació, repito, de lo que se conoció con el nombre de movimiento Fabiano, fundado en 1884. Fabianismo es una frase muy significativa, que obedece a especiales motivaciones descriptivas. Viene de la Prudencia, dicen los Ingleses —ellos tienen un temperamento muy especial— que debe mantenerse frente a las situaciones nuevas que se presentan. Tal fue la prudencia que frente a Aníbal había seguido en Roma Fabio Máximo Cunctator. De allí el origen del vocablo. Por lo que es conveniente no precipitarse, tener prudencia, para ganar en el momento oportuno y capitalizar las situaciones favorables. No se logra esconder del todo aquí una eficiente mezcla de paciencia y frío oportunismo. Aquí están los principales expositores "Fabianos": el historiador Sidney Webb y su esposa Beatriz Webb; el historiador y novelista H. G. Wells; Havelock Ellis, el Psicólogo; y, tal vez el más conocido de todos, el dramaturgo George Bernard Shaw.

Debe mencionarse que en Inglaterra éste ha sido un movimiento visiblemente poderoso ya que el Partido Laborista ha estado en el poder en diferentes oportunidades y ha logrado numerosas conquistas dentro de lo que ha permitido la precaria situación con que ha tenido que enfrentarse. Como digo, el mismo Partido Laborista cree en la forma de vida democrática y se ajusta a un socialismo evolutivo que busca la nacionalización de las grandes industrias, de la organización bancaria, de los medios de transportes, de los "servicios públicos verdaderos" y, en general, de las fuentes principales del dominio capitalista. Ligado muy estrechamente a la historia de los Trade-Unions que tanto alentó Robert Owen, y que han llegado a ser un modelo de orga-

nización sindical en cuanto a eficiencia, el Partido, repito, ha tenido la oportunidad de probarse en el ejercicio del poder en tres ocasiones: en 1924; de 1929 a 1931; y, finalmente, después de la Segunda Guerra Mundial, haciendo evidente su popularidad, al permitirse derrotar Clement Atlee a esa figura tan vigorosamente destacada como es Winston Churchill, que en la emergencia había contado con la “sangre, sudor y lágrimas” de los ingleses.

Es interesante comprobar como aún en las naciones tradicionalmente liberales ha logrado penetrar sutil o reciamente la tendencia socialista. Así, Francia misma en la Cuarta y Quinta Repúblicas —la última creo en 1958, el 4 de octubre— declara sin ambages “Francia es una República indivisible, laica, democrática y . . . social”. No dice liberal. No llega tampoco a ser socialista; se queda en un impreciso y vago término que da muestra, no obstante, de la obstinada penetración de las nuevas tendencias, si bien es verdad que ya en 1871 la “Comuna” de París había estremecido otra vez el mundo con la práctica de radicales tendencias que esa vez resultaron fugaces. Debe recordarse, al hablar de Francia, tan dada a difuminar y atomizar el pensamiento, inclusive el socialista, su sindicalismo revolucionario. Es notable, en efecto, su movimiento sindical por esta característica que lo distingue tan marcadamente, seguramente por el propio temperamento francés de suyo apasionado del que supo sacar tanto partido Sorel en sus “Reflexiones sobre la violencia” de que ya hemos hablado.

Tal vez el más interesante de los artículos constitucionales, sin embargo, es el que se pone de manifiesto en el Código Máximo de Italia, de la República Italiana resurrecta de la peste del Fascismo. Toda la Constitución está redactada con especial donosura, seguramente porque en su redacción intervino la magistral figura de Pietro Calamandrei en forma importante y destacada. Figura de maestro que especialmente a los estudiantes y a los estudiosos del Derecho es especialmente grata por el caudal científico de que deja constancia en todas sus obras docentes y por la reciedumbre de su contextura moral. Vale la pena evocar aquí su “Elogio de los Jueces escrito por un abogado” para que con toda emoción se le encuentre sentido, en medio de las vacilaciones, a nuestra profesión. Valga el paréntesis para hacer una cumplida cita del autor del “Elogio”.

Dice la Constitución Italiana del 27 de diciembre de 1947: “Incumbe a la República remover los obstáculos de orden económico y social que, limitando de hecho la libertad y la igualdad de los ciudada-

nos, impidan el pleno desarrollo de la persona humana y la efectiva participación de todos los trabajadores en la organización política, económica y social del país”.

También Israel, por otros rumbos, —que etimológicamente quiere decir “Dios se esfuerza”— se arropaba en las nuevas tendencias desde su nacimiento en 1948. País de unos veinte mil kilómetros cuadrados y un poco más de dos millones de habitantes, es con su suelo árido y cálido y sus bien diferenciadas zonas costeras y montañosas y un reducido valle, y su insuficiencia de tierra, muy similar al nuestro. Una inteligente planificación estatal ha podido, no obstante, lograr en poco tiempo enormes adelantos, siendo notables sus colonias agrícolas, en forma de cooperativas. Mucho puede también mostrar Suecia, con sus cooperativas y su ejemplar sistema de seguros, exhaustivo y eficaz.

Pero de lo que hemos dicho resalta que aquel liberalismo a ultranza, primitivo, que llega a ser anárquico en su severa disputa con el Estado, parece estar herido de muerte. Una tendencia nueva se ha puesto de manifiesto en la historia si bien matizada por diversas tonalidades. Cada una de las diversas corrientes que integran el variado arco-iris del Socialismo, reclama su oportunidad en la dirección humana. Por eso en Frankfurt (Alemania Occidental) se reunió en 1951 el Primer Congreso de la Internacional Socialista para esclarecer sus propósitos. Se dijo allí que “El Socialismo es un movimiento internacional que no exige uniformidad rígida de concepciones. Que los socialistas fundan sus convicciones en el Marxismo o en otros métodos de análisis de la Sociedad lo cierto es que todos luchan por un mismo fin: por un orden de justicia social, por una vida mejor, por la libertad y por la paz mundial”.

---

Todas esas tendencias a las que en forma somera —debido a las limitaciones de tiempo— me he referido, tienen su corolario, su paralelo, su equivalente, en el Continente Americano. Hay un cuadro ideológico sin duda bastante parecido en el Continente nuevo. Con, eso sí, la circunstancia muy especial de que si en otras partes resulta a veces un tanto difícil hablar de Democracia, en América, especialmente en algunos lugares, pareciera dar la impresión de que eso es algo completamente desconocido. Aquí hemos vivido, para emplear la frase de Arciniegas, “entre la libertad y el miedo”. Acechados por el amago del oscurantismo y la barbarie que representa la más siniestra laya de tiranos y tiranuelos criollos. Penetrar la maraña espesa de la his-

toria Americana, a ratos tan luminosa, causa frecuentemente pavor y desolación hasta el punto de que se hace difícil hablar de saludables y prolongados respiros democráticos. Aunque, claro, siempre están las honrosas y esperanzadoras excepciones que estimulan el optimismo. Ese optimismo que se necesita tanto. Con especial agudeza se palpan en el Continente, particularmente en la porción Latinoamericana, las viejas lacras de siempre, agravadas extremadamente. Masas necesitadas, miserables, enfermas; carentes de cultura, de salud, de civismo, y a veces hasta de esperanza. Y que están necesitando urgentemente que se hagan a un lado todos los lastres que impiden una realización efectiva, patente, definitiva, de elementales medidas de progreso espiritual y material.

Es realmente un Continente verdaderamente impresionante. Muy pocas veces ha conocido a fondo la Democracia y así, es natural que esté superpoblado por la miseria, la enfermedad y el hambre.

Ha tenido, sin embargo, esta sociedad latinoamericana, un deseo profundo de libertad. Es ella uno de los valores más ardientemente perseguidos por los latinoamericanos. Seguramente porque su lucha contra la miseria y el hambre ha sido también al par una lucha contra la opresión; y las pocas veces en que ha conocido en forma clara y satisfactoria lo que es la libertad, esa libertad alegre que nutre tanto el espíritu, le han hecho prendarse, enamorarse de ella para siempre. Por eso es certera la apreciación de que en las aspiraciones del latinoamericano no puede faltar jamás el disfrute efectivo de su bienamada libertad.

Aquí se dan, decíamos, como en el viejo Mundo, las más variadas modalidades del pensamiento. Con algo más, porque nutrido el pensamiento americano por las peculiaridades del Nuevo Mundo que impulsan y determinan, como no, la conducta de quienes quieren basar su postura política en algo más que en meros esquemas mentales, aquí digo, en Latino América ha brotado con singular pujanza un pensamiento particular, nuevo, juvenil en la historia que trata de hundir muy hondo las raíces en su propia tierra para encontrar sus propias soluciones.

Es esa composición social propia del Continente Americano lo que ha hecho decir a Luis Alberto Sánchez: "La lucha de clases no se plantea lo mismo en los países industriales que en los semi-coloniales. En éstos por la interferencia imperialista y el rezago de caciquismos feudales, la división es de frente único: explotadores contra explotados, comprendiendo entre éstos a la clase media, depauperada por la coali-

sión de caciques y negociantes imperialistas, de tal suerte que su destino la empuja a unir su suerte con el incipiente proletariado y al feudal campesinado del continente”.

Y, sobre todo, algo en lo que jamás se insistirá demasiado es en el anhelo del Latinoamericano por la libertad. Desde la Independencia en 1821, desde antes, en todas nuestras luchas la hemos buscado afanosa, violenta y decididamente. Y es bien evidente el orgullo que legítimamente invade a los habitantes de aquellos países hermanos en donde se disfruta de una honrosa libertad que permitiendo el desenvolvimiento pleno de la personalidad, se ajustan a sus deberes sociales casi diríamos regocijadamente.

En un esquema rápido de las principales tendencias ideológicas que se hacen presentes con alguna notoriedad en Latino América no podrían faltar, creemos, las siguientes: Una tendencia conservadora y caciquista que añora todos los privilegios que va viendo perder inevitablemente y que con su tosudez está dispuesta a estimular y cohechar todas las ambiciones que se ofrecen en el mercado de la política; una tendencia liberal a ultranza que se hipertrofia en lo económico y se atrofia en lo político; una tendencia neo-liberal que no puede menos que hacer concesiones a eventuales intervenciones del Estado pero que en general soporta mal la planificación; la de un socialismo sin sacrificio de la libertad que en general pretende darle contenido a las formas democráticas auspiciando una decidida y adecuada intervención estatal; y la de un socialismo más compulsivo y expeditivo, más violento y desenfrenado, que bajo la bandera del Marxismo-Leninismo ha ganado ya posiciones importantes en el continente. Desde luego no faltan en América las naturales réplicas fascistoides, de toda laya, que agudizando la demagogia como el Peronismo, no siempre son necesariamente conservadoras en lo económico, pero sí son siempre atentatorias contra la Democracia.

Más lo cierto es que los Partidos Políticos Democráticos de vanguardia del Continente se encuentran en estos momentos ante un conflicto verdaderamente importante: no pueden oponerle a los defensores de la Revolución Cubana, que tantos adeptos va ganando en Latino América, lo que es posible obtener por medio de realizaciones democráticas, porque ésta, la Democracia ha sido y es entre nosotros flor de invernadero. Y mientras tanto, esos enormes lastres sociales y económicos que pesan sobre el latinoamericano como el suplicio de Sísifo, la Revolución cubana trata de combatirlos en forma más expeditiva y

rápida, acompasada al ritmo de un lenguaje nuevo que da cauce al viejo rencor anti-imperialista del Latinoamericano, haciéndose fuertemente atractiva para las grandes masas.

Con todo, los partidos políticos de vanguardia del Continente, que ponen especial empeño en resguardar la libertad, continuarán gozando del favor popular siempre que, además, ofrezcan realizaciones económicas y sociales concretas. Creer que los pueblos se van a mover a base de ofrecimientos conceptuales, etéreos, intangibles, es sencillamente cerrar los ojos a la realidad. Las masas latinoamericanas, esta es la realidad, no están dispuestas ya a esperar más; están cansadas de palabrerío hueco que no vaya acompañado de su correspondiente "con qué"; ellas quisieran encontrar en los argumentos de la Democracia más que el solo ofrecimiento de valores inasibles, medios y satisfactores económicos concretos que les ayudaran en su hambre de siglos. Que la Democracia hablara con un lenguaje más contundente, más hiriente, más patente. En vez de una frase, un pan; una camisa acompañada de un concepto; una ampolla contra la malaria y una papeleta de votación; un alfabeto en vez de una promesa. No nos escandalicemos, que las cosas son así. Y convengamos en que la Democracia necesita disputarse el favor popular también en el terreno económico y social no sólo porque corre el riesgo de que se le adelanten sus adversarios sino porque si la Democracia no sirve para eso, no valdría la pena que sufiéramos, que padeciéramos tanto por ella sus enamorados.

Pero hay algo más: los afiliados al pensamiento Marxista-Leninista poco a poco han ido tomando para sí el uso exclusivo de la palabra "revolucionario". Con cierto eufemismo, revolucionario está llegando a ser, en la jerga política, sinónimo de Marxista-Leninista. Y esto no debe ser así. Lo que sucede es que la palabra "revolucionario" tiene, ejerce sobre el pueblo un atractivo innegable, enardecedor. De ahí que todos quieran la patente para el uso del término a veces en forma totalmente exclusiva. Lo cual, repito, no debe ser así porque no es ni remotamente cierto. En rigor hay muchas, varias doctrinas que también pueden reclamar el calificativo mencionado si nos atenemos al grado, intensidad y medio de sus anunciadas transformaciones. Hay varias doctrinas que, habida cuenta de nuestro medio social, son también revolucionarias, tanto como puede serlo el Marxismo-Leninismo, del cual, sin embargo, difieren en sus bases y fines. Al fin y al cabo el ser revolucionario a secas nada dice si no se toman en cuenta los fines que se persiguen. Y es el examen de esos fines en última instancia lo que más interesa, porque si se va a revolucionar el mundo para conducirlo dos pasos atrás, o para renegar de las conquistas de la humanidad de



un pasado inmediato, casi presente, mala cosa sería ser revolucionario. Bien dicen algunos que ciertos revolucionarios extremistas en el fondo —los extremos se tocan— no son más que reaccionarios y coautores o cómplices de quienes viven suspirando por el pasado y quisieran retomar el último ciclo de la historia en el punto aquel en que la libertad del hombre no se reconocía y solo reinaba la opresión.

Pero digamos algo de nuestra Patria, después de haber visto a la ligera la situación general latinoamericana.

Pues bien, aquí hemos estado más alejados de la mano de Dios que en otras partes. Mientras en varios países de América ha habido ya partidos de vanguardia, con programas definidos, actitudes decididas, posiciones inequívocas y rumbos determinados, entre nosotros la única manifestación permanente ha sido, quizás, la de cierto civismo al revés que endémicamente se ha hecho presente desde hace muchos años a través de la tristemente famosa institución del Partido Oficial, creado desde el poder, que recluta sus militantes y hace su leva interesada en medio del más abyecto entreguismo, al precio del interés, de la prebenda y de la canonjía. La única transformación que sufre es la del nombre. Según lo dicte la conveniencia o la necesidad, el Partido recibe el nombre de Liga Roja, o se llama Pro-Patria, Prud, o Conciliación Nacional. ¡Y urge tanto hacer algo por el país en todos los órdenes! Tanto, que hace falta una verdadera cruzada de redención nacional que aúpe a todos los ciudadanos desosos de levantar nuestras condiciones de vida. Con decir que no sabemos aquí lo que son unas elecciones libres... aunque, eso sí, el más alto funcionario de la "Nueva Era" ha hecho suyas las palabras de Pravda, del 4 de abril de 1936, para afirmar con desenfado: "En El Salvador se ha puesto fin para siempre a la explotación del hombre por el hombre"!

---

Señores: Con toda lealtad y honestidad he procurado hacer un somero recorrido por los campos de las diversas ideologías políticas. Cuando lo he creído necesario me he detenido más en algunas. Al fin y al cabo no puedo ni debo ocultar mis preferencias políticas porque sería totalmente contraproducente para los fines que se persiguen en este ciclo hacer uso de vaguedades o impresiones.

Así, a nadie se le oculta mi seria discrepancia, por ejemplo, con el Marxismo-Leninismo. Me separo de él, fundamentalmente, por su doctrina materialista, por el sistema dictatorial a que conlleva —"provisiónalidad de siglos"— y por el aniquilamiento de la libertad a que

conduce. Su tendencia, además, a encuadrar, a capturar, a enmarcar forzosamente la realidad social en un esquema, no va conmigo. La realidad es siempre más preciosa que la más privilegiada imaginación humana. Esto no significa, desde luego, que deba desconocer la importancia del Marxismo en el desarrollo del pensamiento humano y en la historia de las ideas económicas y generales del mundo. Como acontece en Filosofía, en la que se puede estar con Kant o contra Kant, pero nunca sin Kant, sucede en política y Economía en donde se puede estar con Marx o contra Marx, pero lo que no es posible desconocer, a menos que el que razone sea un avestruz, es la importancia fundamental del pensamiento marxista.

Tampoco —en el sentido técnico del término— soy un liberal; y menos del viejo cuño. Lo cual no significa que deba olvidarme y enterrar la luminosa jornada histórica que culminó con la Revolución Francesa. O clausurar mi tolerancia para las razones del adversario. Creo sencillamente en la Democracia. Pero no en una Democracia formal, hueca y vacía, sino en una Democracia repleta de contenido social. El ánfora vacía de la Democracia formal que se ha recibido como legado histórico debe llenarse, sin romper el vaso, de satisfactores sociales. No creo que al Estado le corresponda el papel de mero vigilante sino el de sujeto activo del progreso social. Atrás quedó el “Estado gendarme”; hoy tiene su puesto en la historia el “Estado promotor del bien público”.

Pero cuando anunciaba yo el tema de mi conferencia diciendo que iba a hablar sobre la Democracia Social o el Socialismo Reformista, pudiera haber dejado la impresión de que venía simplemente a sostener un reformismo antirrevolucionario, poco violento, conformista, que más o menos aceptara esta triste realidad que padecemos e ir tratando de sacar poco a poco lo que buenamente se pudiera. Pero es que sólo es posible hablar lícitamente de Reformismo con un instrumento viabilizador y hermoso como es la Democracia. Mal podía hablar yo de reformismo entre nosotros cuando carecemos precisamente de la base de sustentación. Por eso, en las postrimerías de ésta plática, he querido dejar bien sentado lo que sobre el particular pienso. Y yo pienso, para mí, que lo principal —y esta tal vez sea mi Utopía— es vivir efectivamente una auténtica Democracia Integral. Nada más. Pero nada menos.

Poco a poco nos hemos ido acostumbrando a oír que cuando se habla de Democracia se responde con cierta indiferencia alegando que es ésta una solución tibia, poco alentadora, que no va a resolver las

necesidades colectivas del país. Que los grandes problemas quedarían intactos y sin resolverse las grandes necesidades de los proletarios, de los campesinos, de los pobres-pobres.

Peio yo insisto y repito en que nada autoriza a pensar que la Democracia que necesitamos sea la que así se critica. Al contrario. Yo, sobre la base de una Democracia auténtica, soy, además partidario de una firme y adecuada intervención estatal. Peio, eso sí, hago hincapié en que estas dos ideas se complementan en forma total y necesaria. No va la una sin la otra. Pienso que para la sana intervención estatal es condición sine qua non el pleno ejercicio democrático. Porque sólo así cobra el Estado su verdadera realidad y sentido como expresión de la voluntad general y no de grupos oligárquicos de cualquier clase que hablan siempre a nombre de una abstracción. De lo contrario, la teoría resulta completamente torcida, completamente inaceptable. Mal podrían venir a declararse lícitamente reformistas o demócratas todos estos regímenes que, por ejemplo, hemos padecido en nuestra patria en este período último de tan ingrata recordación y presencia, como son el Directorio Cívico-Militar, la Provisionalidad, la Nueva Era, etc., ya que lo que han hecho y hacen es cabalmente trastocar las bases fundamentales del régimen democrático y trocarlo por la represión y el terror. Venir a intervenir en esa forma torpe es, en realidad, algo que a la postre producirá más daño que otra cosa. Y claro, para actuar en esa forma tiene que ser necesariamente demagógico, porque, naturalmente, se es insincero. Y, además, se es ineficiente y se es ineficaz porque no se cuenta con el apoyo popular que, nuestro pueblo que ha probado ya, aunque sea fugazmente, lo que es un régimen de libertades, no otorga fácilmente. Entonces, creer que con medidas compulsivas de corte social sin plan alguno definido, que no tienen además la profundidad que pudieran tener si el pueblo en sus manos tuviese la soberanía efectiva, se va a resolver el problema salvadoreño es sencillamente ridículo —en el caso de que otorgáramos sinceridad a los detentadores del gobierno. Porque con medidas torpes, verdaderos parches que no obedecen a una mentalidad definida, puras habladurías demagógicas, que no van acompañadas, además, del otorgamiento de valores espirituales, como la libertad, lo que en realidad sucede es que se agravan los problemas llegando a hacer del país un verdadero nudo gordiano. . . que más de alguno está pensando que no hay más remedio que cortar de tajo. Sólo que semejantes medidas no pueden jamás confundirse con la posición de quienes creemos que sobre la base de una auténtica democracia puede y debe intervenir el Estado en forma firme y adecuada, sobre la base de estudios serios de nuestras necesidades y realidad. Para-

lamente a la acción estatal que, desde luego, no significa asfixia de la iniciativa privada, sino a veces estímulo que a mi juicio, pues es perfectamente defendible, sobre la base —sine qua non— repito, de una democracia efectiva, también está la labor, no hay que olvidarlo, de las propias personas que, en defensa de sus legítimos intereses buscan una mayor fortaleza en la lucha a través de las diferentes asociaciones. Los movimientos mutualistas, cooperativistas, a los que nos referimos al principio, el movimiento sindicalista fundamentalmente, y la labor de los partidos políticos verdaderos que en nuestro medio, —tan poblado de comités, directivas, capillitas, buros— no han alcanzado, desafortunadamente, un pleno auge y su desarrollo, se hace cada día más necesario.

En alguna ocasión he dicho ya que tal vez en el fondo del puro sistema liberal lo que ha habido es un excesivo apego a uno solo de los valores —para hablar en términos de axiología— que son caros al hombre. Por defender la libertad a toda costa se ha caído, tal vez insensiblemente, en el aniquilamiento de otros valores que también le son caros, como la justicia. Presumo que en el socialismo extremo se ha incurrido en el error contrario: por defender otro valor, la justicia, se ha venido al aniquilamiento de la libertad. Ya he dicho que en muchos aspectos puede parecer utópico mi pensamiento, pero mientras tanto me aferro a la posibilidad de lograr la integración de los dos valores en vez de quedarse con uno solo; tanto la justicia como la libertad, en adición —no sustracción— ideológica que establezca robustamente un pensamiento integral. Y no se trata, por mero prurito, de buscar la bisectriz del ángulo. De semejante intento no podría resultar más que una inatractiva zona gris. Por el contrario, se trata de no renegar de las conquistas del pasado el cual es, en la medida en que ha determinado el presente, la base del porvenir. De no dejar fallas subterráneas que precipiten mañana una nueva vuelta atrás. Se trata de superar el fatal ciclo histórico que sitúa en perenne posición antagónica a quienes buscan por distinto camino pero con el mismo anhelo, la superación y el progreso, sin darse cuenta, por no ver más allá de su tiempo, de que tal vez en lontananza sus caminos se vuelven convergentes. Que gire la rueda claro, pero hacia adelante; jamás hacia atrás. Pretender suprimir la libertad es dar, deliberadamente, un paso atrás.

No es posible situar a los revolucionarios de un cercano ayer, que de veras dejaron en su tiempo iluminada la historia, en posición de reaccionarios sólo porque la rueda ha cambiado de rumbo. Estamos seguros, por lo demás, que aquellos revolucionarios del siglo XVIII,

redivivos, no estarían ahora pretendiendo estancar la historia. El tiempo pasa, inevitablemente, y a los días que hoy corren, cargados de hondas sacudidas sociales, con nuevos sucesos y distintas circunstancias, sabrían, tendrían que ajustar su pensamiento. Por lo mismo, pretender clausurar las conquistas del iluminismo es sencillamente dar media vuelta hacia el pasado y perderse, una vez más, en el oscurantismo. Es permitir que el pensamiento humano tome a marchitarse hasta al escolasticismo. Pero al mismo tiempo “negar que marchamos a la conquista de un mundo nuevo —como dice don Alfredo L. Palacios— es negar la evidencia”. Estamos obligados a ver para adelante si no queremos correr el riesgo de quedar convertidos en estatuas de sal. No necesitamos copiar procedimientos —sólo por hacer cómoda la lucha— para avanzar decididamente. Al contrario, en nuestro medio, en nuestro suelo, en nuestra realidad social están los instrumentos y la materia prima para nuestro esfuerzo. “Copiar métodos y procedimientos sin que las condiciones sean las mismas, dice otra vez el autor citado, sería torpeza sin perdón porque conduciría al fracaso. Condiciones económicas, históricas y psicológicas distintas, en los distintos pueblos; tradiciones y costumbres diversas, harán que las transformaciones se efectúen en cada nación, con programas adaptados a sus peculiaridades. Se descubrirán las combinaciones necesarias para la socialización asegurando un control democrático natural, sin interrupciones de la vida económica” (El Nuevo Derecho).

Encontraremos entonces, vuelvo a repetir, como el mejor camino, la posibilidad de una democracia no hueca, sino una democracia de vivo contenido social; una democracia que no sea mero palabreo y declamación sino que efectivamente se avenga y venga a otorgar satisfactores reales a las necesidades del hombre, propiciando las necesarias Reformas Sociales que ya no pueden soslayarse.

Señores: al cerrar con mis palabras este ciclo de conferencias creo oportuno indicar que se han conseguido, a mi juicio, fundamentalmente dos cosas: en primer lugar hemos tratado entre todos de examinar el vasto campo de las ideologías políticas. Es verdad que frecuentemente hemos discrepado, pero yo creo que el resultado del ciclo sería contraproducente si por ese motivo cayéramos en bizantinismos y de aquí saliera más difuminado y dividido el criterio y el pensamiento general hasta el punto de venir a estorbar la acción que tan urgentemente reclaman los momentos actuales. Suelen muchas veces los elementos interesados atizar pequeños fuegos que hacen posible el distanciamiento y la división de los grupos populares. Mas yo creo que tenemos ya la

madurez suficiente para sobreponernos a esas flaquezas que tradicionalmente nos han abatido. Y esa es otra finalidad concreta que ojalá se haya logrado también; hemos visto que a pesar del criterio no necesariamente coincidente con que hemos enfocado los acontecimientos sociales, económicos y políticos hay una gran zona, especialmente entre nosotros aquí en El Salvador, a la cual concurrimos todos y en la cual podemos contribuir coordinadamente para buscar realizaciones efectivas en el país.

Poniendo a la Patria por sobre todo yo creo que es perfectamente dable ver, a pesar de todo, con optimismo el porvenir y saludar desde ya la aurora de una vida mejor que deje atrás como un cerrado capítulo de ignominia todo este ya largo período de aguda crisis nacional del cual debe esperarse el surgimiento de un orden de paz iluminado por la justicia y por la libertad.

Muchas gracias.